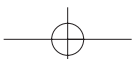
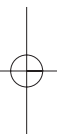
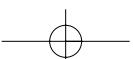
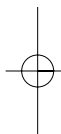
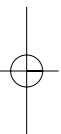


## Los inquilinos de Moonbloom





## 1

Atado poco menos que de pies y manos por el cable del teléfono, Norman era víctima de su propia tendencia a andarse por las ramas, aunque cuando por fin se anclaba en alguna actividad daba en sosegar. La voz de su hermano era un disco tocado a menos revoluciones de las precisas que innecesariamente le recordaba con insistencia quién era. Podría haber sido la voz de aquellas grabaciones primitivas, en cinta, que se empleaban como una gran novedad en las tarjetas postales o en los juguetes baratos, y que emitían un pálido remedo del habla humana cuando se pasaba la uña por los surcos. Ahora bien, la pérdida de fidelidad era despreciable; incluso en presencia de Irwin, Norman tenía la impresión de que su hermano era una cantinela machacóna, puesta y vuelta a poner. Durante unos cuantos años estuvo lejos de la poderosa incoherencia de esa voz, pero ahora que había vuelto, patéticamente, reconocía para sus adentros que en sus exigencias era posible encontrar un perverso consuelo.

—Nosotros no ranana, Norman. No es posible mantener ránana ranana. Tienes que ranana ranana ránana y ranana. La responsabilidad ranana rananá. Yo estoy ranana ranana ranana constantemente. Ranana ranana ránana...

## 4 EDWARD LEWIS WALLANT

El cable lo sujetaba al teléfono, y por tanto a la silla giratoria y al suelo pandeado, lo conectaba a los archivadores de filo dentado y a la mesa, cuyas vetas de madera parecían encogidas como pellejos. Notaba un olor a gato, y algo así como el polvo entre los dientes.

—Yo ranana ranana ránana todo ranana ranana. ¡Ránana ránana ránana! Ranana ranana ranana...

Norman se arriesgó a colocarse el teléfono en el hombro; supuso que sabría cuándo era el momento de hablar por el tono asfixiado del otro. Estaba sentado a caballo entre la ensoñación y la pura nada, mirando lo que se dejara ver delante de sí. La luz del sol tenía que combarse para entrar hasta allí. Rebotada en la acera, cuyo nivel quedaba por encima de su cabeza, y tenía casi las trazas de la luz artificial. Los cuerpos descabezados de los viandantes formaban un hipnótico desfile; sólo los niños estaban completos. Desocupado como se encontraba en ese momento, le costaba cierto esfuerzo resistirse a la abstracción completa. Era una sala de espejos; en su interior, su ensoñación formaba una serie infinita de reflejos, y sólo podía estar seguro de que esa ensoñación era real, dándole la certeza de que él también existía.

—¿Ranana?

Se puso alerta.

—Norman, ¿me estás oyendo?

—Pues claro —dijo sin ninguna muestra de alarma. Sabía que sus intervenciones no dependían de lo que su hermano estuviera diciendo.

—Lo que sucede, Irwin, a pesar de todo lo que me dices, es... a ver, en la calle 13 —dijo, escuchando la potente respiración entrecortada de su hermano— tenemos tal cantidad de goteras que hasta las ratas abandonan el edificio. Luego, resulta que los servicios de la segunda y la tercera plan-

ta no tragan y rebosan a menudo, con lo que toda la casa huele a rayos. Cuestión realmente urgente, desde luego. La balaustrada de la escalera entre la primera y la segunda planta, para colmo, por fin se ha caído. La caldera no está reparada, y ya estamos en octubre. El viejo Karloff, de la planta baja, deja comida por todas partes, con lo que aquello es un nido de cucarachas. Del Rio amenaza con llamar al Departamento de Salubridad. Ah, y resulta que no hay bombillas en los pasillos. La guinda del pastel. Por otra parte, hay un agujero en el suelo del pasillo de la tercera, de un palmo de ancho. No podría decirte cómo ha sido, pero ahí está. Ah, una cosa más: unos chiquillos rompieron uno de los cristales de la puerta de entrada. —Hizo una pausa para respirar, pero Irwin tomó la conversación al asalto.

—¡Que han roto un cristal! —el delicado diafragma del receptor reverberó audiblemente—. ¡Norman, tienes que estar más al loro!

—Al loro —repitió Norman, sonriendo desvalido en su covacha.

—Sí, al loro. Dependo de ti para que te ocupes de todos esos detalles. Por el amor de Dios, a mí no se me puede molestar con esas estupideces. Se supone que tienes que encargarte sólo de esas cuatro casas, cobrar el alquiler, estar al tanto de los detalles de mantenimiento. Yo estoy liado con transacciones infinitamente más complejas; no puedo, te lo aseguro, tomarme ningún tiempo para andar preocupándome por cucarachas, retretes y qué sé yo qué más minucias. ¿Norman? —era tan razonable que Norman tuvo la tentación de besar el micrófono.

—Por supuesto, Irwin.

—No te quiero dar a entender que yo me inventase el trabajo para ti, pero no cabe duda de que no tiene ningún

## 6 EDWARD LEWIS WALLANT

sentido que mantenga las casas si tú no te ocupas de todo ello. No me digas que estoy siendo irracional, Norm...

—¿Pero quién ha dicho nunca que...?

—No es mucho esperar, digo yo, que me liberes de todas esas minucias. ¿O sí?

—No, Irwin. —Lo repitió en silencio, exagerando el movimiento de los labios.

—Quiero decir... Yo me ocupo de transacciones que no pocas veces ascienden a cantidades de seis cifras. Me llevo el trabajo a casa. Nunca termino de trabajar. Las presiones a que estoy sujeto son ranana.

Norman sonrió al percibir el deslizamiento hacia el sermón.

—¿Cómo es posible que permitas que se rompan los cristales, Norman?

—¿Que permita? ¿Yo?

—Me saca de quicio que no veas.

—Explícame por qué te ha cabreado tanto lo del cristal. Todo el edificio está que da grima.

—Hay cosas que no tienen remedio. Di que son actos de Dios. O imprevistos. O sucesos de fuerza mayor.

—¿Y por qué no lo son los cristales?

—Norman, no tengo tiempo para andarme con pejiue-  
ras. Haz el favor de ocuparte de todas esas menudencias sin tener que llamarme. ¿O es que no tienes un poquito de iniciativa, eh?

—Iniciativa podría tener. En cambio, Irwin, para las goteras, la balaustrada, la fontanería, la electricidad... Para todo eso lo que necesito es dinero.

—Sabes que dispones de total libertad para extender cheques a cuenta de la empresa. Te di completa libertad de acción en ese sentido. No hace falta que me llames cada vez que quieras comprar una bombilla.

—Es como pedirle a una piedra que dé agua, Irwin. La hucha está seca, vacía, sin fondos. De hecho, está bajo cero. Debo dos dólares por dejarla en números rojos.

—¡Norman, no me jodas!

—Ya lo sé, soy un manirroto y un chiflado, me gasto la pasta en salir con rubias y en ir a las carreras.

—No estoy diciendo eso. Pero eres un pésimo administrador.

—Y también le debo pasta a Gaylord.

—Gaylord es un negraco de mierda y un holgazán. No vale un comino.

—Eso es irrelevante. Por cuarenta dólares a la semana no vas a encontrar un profesional que se ocupe de cuatro edificios.

—¿Tú te has dado cuenta de lo que vale mi tiempo? Cincuenta dólares la hora, hazte a la idea. Esta conversación me debe de haber costado unos treinta y cinco.

Norman aguantó unos minutos de chorreo por puro respeto. Luego, con voz queda, siguió a lo suyo.

—En la calle 70, el ascensor no ha pasado la inspección y el agua sale oxidada en todos los grifos de las cocinas. En la Segunda Avenida, el cableado está tan maltrecho que el inspector no se dejó sobornar. Dijo que una cosa es una cosa, y otra muy distinta el riesgo de electrocución.

—Ya basta, Norman.

—En Mott Street habrá un desastre. Es inminente. La pared de al lado del servicio está hinchada. Se le va a caer encima al pobre Basellecci. Además, el periodo de gracia del seguro vence a finales de esta semana.

—¡Maldita sea, Norman!

—Luego están los electrodomésticos de la calle 70. Los de Jacoby... No, creo que era Hauser. Da igual. Hay varias cocinas que no funcionan, y una...

## 8 EDWARD LEWIS WALLANT

—¡Cállate de una vez! Mañana por la mañana ingresaré quinientos dólares en la cuenta. Y luego no quiero volver a saber nada más de ti en mucho tiempo. ¿Entendido?

El minúsculo clic que emitió el teléfono ni de lejos pudo insinuar la fuerza con que Irwin debió de golpearlo al colgar. Norman tuvo cierta sensación de nobleza al dejar su teléfono colgado con delicadeza exquisita. Luego, tuvo que sonreír tibiamente ante la luz solar, polvorienta y de segunda mano, y ante las obscenidades escritas con faltas de ortografía en el pozo en que se hallaba su despacho.

—Quinientos dólares —dijo en el tono de un hombre que se hiciera eco de la fea predicción de su médico de cabecera—. Qui-nien-tos dólares. —Sin embargo, fue a lo sumo una queja de poca monta. No era propenso a compadecerse de sí mismo, aunque se concediera cierta simpatía humorística. Abrió la palma de la mano como si quisiera verificar si llovía. Se encogió de hombros. A la postre, tomó uno de los variados bolígrafos que llevaba en el bolsillo de la camisa y comenzó a asignar prioridades a las cosas que tenía por hacer. Diez cosas quedaron empatadas en el primer puesto, y luego hizo una aproximación de los costes.

Siempre había gente que se agachaba a mirarle con cara rara desde la acera. Seguramente les atraía el hecho de hallarse tras un cristal, aunque posiblemente fueran más tentadoras las letras negras del cristal, letras que llamaban la atención auditiva de quien las leyera con una suave melancolía, con una nota aliterativa.

I. MOONBLOOM SERVICIOS INMOBILIARIOS  
Norman Moonbloom — Agente

Desde ese lado del cristal, Norman veía siempre en las letras una cierta semejanza con el alfabeto cirílico, y reparaba en



que el apellido familiar era casi simétrico, con las mismas oes a cada lado del terso grupo NBL, como si fuesen dos sujetalibros. Pero en ese instante no estaba con ganas de meditar. Trataba de fraccionar un número inmenso en uno muy pequeño, y el sudor perlaba su rostro pequeño, blanco, de jugador, las mejillas azulinas y los ojos grandes, de mujer embarazada. El esfuerzo le resultó doloroso. Se mordió el fino labio inferior. De pronto se le ocurrió el símil más obvio y dejó el bolígrafo para reírse como un condenado.

— Como un elefante que intentara montar a un ratón — dijo en voz alta. El golpe de humor le hizo cerrar los ojos como si los defendiera del salpicotazo de un líquido cáustico.

La luz solar, aguada, envolvía las letras del cristal al proyectarlas en una cinta de sombra sobre el suelo, la mesa y el hombre. Una de las muchas oes trazaba un daguerrotipo de su rostro cegado. No había vivido horror ninguno en sus años; tan sólo un lento ensancharse de la sensibilidad. Pero se adelantaba a menudo al momento en que llegara al umbral del dolor, seguramente el día menos pensado. Era como el miedo a la muerte: podía hacer caso omiso casi en todo momento, aunque en los momentos de frustración estaba presente de una manera implacable y lo rozaba con la punta misma de sus garras, y lo atenazaba de angustia cuando la vejiga exigía sus atenciones a las cuatro de la madrugada. La garra se retiraba tras ese roce, dejándole sumido en un estruendo crónico, irreconocible, en el que rara vez pensaba; era como quien vive junto a una catarata espumeante y termina por tomar el rugir del agua cual si fuera el silencio mismo.

Se le ocurrió la idea de que tal vez hallara soluciones si cambiaba de ritmo. Resueltamente abrió los ojos.

— Voy a ponerme manos a la obra ya mismo, empezaré por

## 10 EDWARD LEWIS WALLANT

la colecta de los alquileres esta noche. Eso es: los alquileres —se dijo. Se puso en pie tan alto cuan era, metro setenta escaso, y la O le dibujó una diana en el pecho.

Paseó la mirada por el pequeño despacho: como siempre, le sumió en una cierta congoja caer en la cuenta de que su profesión no le procuraba más equipamiento que el talonario de los recibos y los bolígrafos. Con todo, su expresión de tristeza no tenía el menor poso de amargura. Había sido estudiante hasta que tuvo treinta y dos años, pero más que nada porque ni su hermano ni él fueron capaces de imaginar que fuera otra cosa. Sin embargo, hacía un año que cerró el manual de podología con definitivo sosiego: su último título académico, después de los de contabilidad, arte, literatura, ortodoncia y el de rabino. Había terminado por resultarle muy claro que sea cual fuere el talento que tenía, nunca podría aprender algo especializado. Irwin había recibido la herencia del abuelo en metálico; Norman había recibido la suya en forma de rosario de semestres que alcanzaba ya los catorce años de duración. Ahora trabajaba para su hermano a cambio de un magro salario. Sin embargo, tenía la sensación de que se había hecho justicia y, con suficiente optimismo, no estaba seguro de que su uso de la herencia no le fuera a dar dividendos, aun cuando fuese de una manera cuando menos oblicua. Trabajaba en exceso, compartía incluso parte de los trabajos de ínfima categoría que desempeñaba el superintendente itinerante, Gaylord Knight, si bien pensaba que haría falta mucho más para acabar con él.

Se acercó al archivador y escribió la palabra «Astolat» con el dedo sobre el polvo que cubría el sobre. La palabra terminada convirtió el desaliñado escaparate del despacho en un lugar extraño; los fajos de recibos y facturas, erizados o acorralados en varias bandejas de «Entrada», pasaron a

ser símbolos crípticos. Sonrió y se le arrugaron los párpados negruzcos, elevando un poco las orejas de grandes lóbulos (sabía moverlas a su antojo). Las paredes eran de un rosa carne, hechas de hojalata repujada, como una caja de galletas. El linóleo estaba desgastado hasta tener un sucio color cabello, taraceado aquí y allá por rectángulos de corte desigual, protección contra los avances de los ratones.

Pasó un minuto tocando algunas cosillas en la mesa. Se encasquetó entonces el sombrero, un sombrero grande, de fieltro, color gris perla, de ala inmensa, que le daba el aire de un niño que emulase a un gángster. Se puso la chaqueta (también grande en exceso para su cuerpecillo delgado) y guardó el talonario de los recibos en el bolsillo pectoral.

Fuera, con la acritud del aire desgastado, suspiró de cansancio premonitorio. Cerró la puerta y subió las escaleras, camino del metro que lo llevaría a la parte alta del West Side. Andaba con ligereza, sin dar muestras de ser consciente de los millares de personas que lo rodeaban, pues por algo transitaba dentro de una cáscara de huevo a través de la cual le llegaba sólo la luz tamizada y el sonido apagado.

**2**

Entró en el portal y frunció el ceño ante las nuevas marcas de lápiz que vio en las paredes. El mobiliario de refectorio era una recriminación, y los falsos arcos parecían amenazados por la realidad del presente. Dio una patada a modo de prueba a un octógono suelto del embaldosado, echó un vistazo a la única bombilla de la lámpara de araña de estilo señorial. En el ascensor, aguzó el oído para fijarse bien en el motor renqueante, y trató de no leer el rótulo que indicaba que dicho ascensor no había pasado la inspección pertinente. Alguien había escrito «emperadores» en la pared moteada, junto a un dibujo antiguo y ya herrumbroso de unos genitales masculinos y femeninos. Suspiró y miró al techo. La vida en el edificio discurría tenuemente en derredor, como el movimiento pulsátil que se percibe a través del hielo recién formado.

—El alquiler —dijo sin entonación cuando un joven con pinta de anémico le abrió la puerta.

—Ah, ya, un momento —dijo Lester, a medias abriéndole la puerta, a medias sujetándose el cabello cardado de manera voluminosa—. Tía Min, el del alquiler —dijo por encima del hombro.

—Siempre en el momento más inoportuno —dijo Minna